

Reseña de *Ernst Jünger. La resistencia al presente, de Salvador Gallardo Cabrera*



Review of *Ernst Jünger. Resistance to the Present*
by Salvador Gallardo Cabrera

Ilse Díaz Márquez

ilse.diaz@edu.uaa.mx

Universidad Autónoma de Zacatecas/

Universidad Autónoma de Aguascalientes

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9258-5912>

RESEÑA

Recibida: 30|09|2024

Aprobada: 13|12|2024

Resumen

Saltando sin reparo alguno las fronteras entre la filosofía y la literatura, el ensayista, poeta y traductor hidrocálido Salvador Gallardo Cabrera nos aproxima en *Ernst Jünger. La resistencia al presente* a un autor paradigmático del pensamiento contemporáneo. Frente a una interpretación tradicional de la obra de Jünger, Gallardo Cabrera abre a los lectores horizontes nuevos desde los cuales considerar la escritura del autor como una respuesta obstinada a las crueldades de la modernidad.

Palabras clave: Ernst Jünger, Modernidad, bio-tecno-instrumentalización, emboscadura, resistencia.

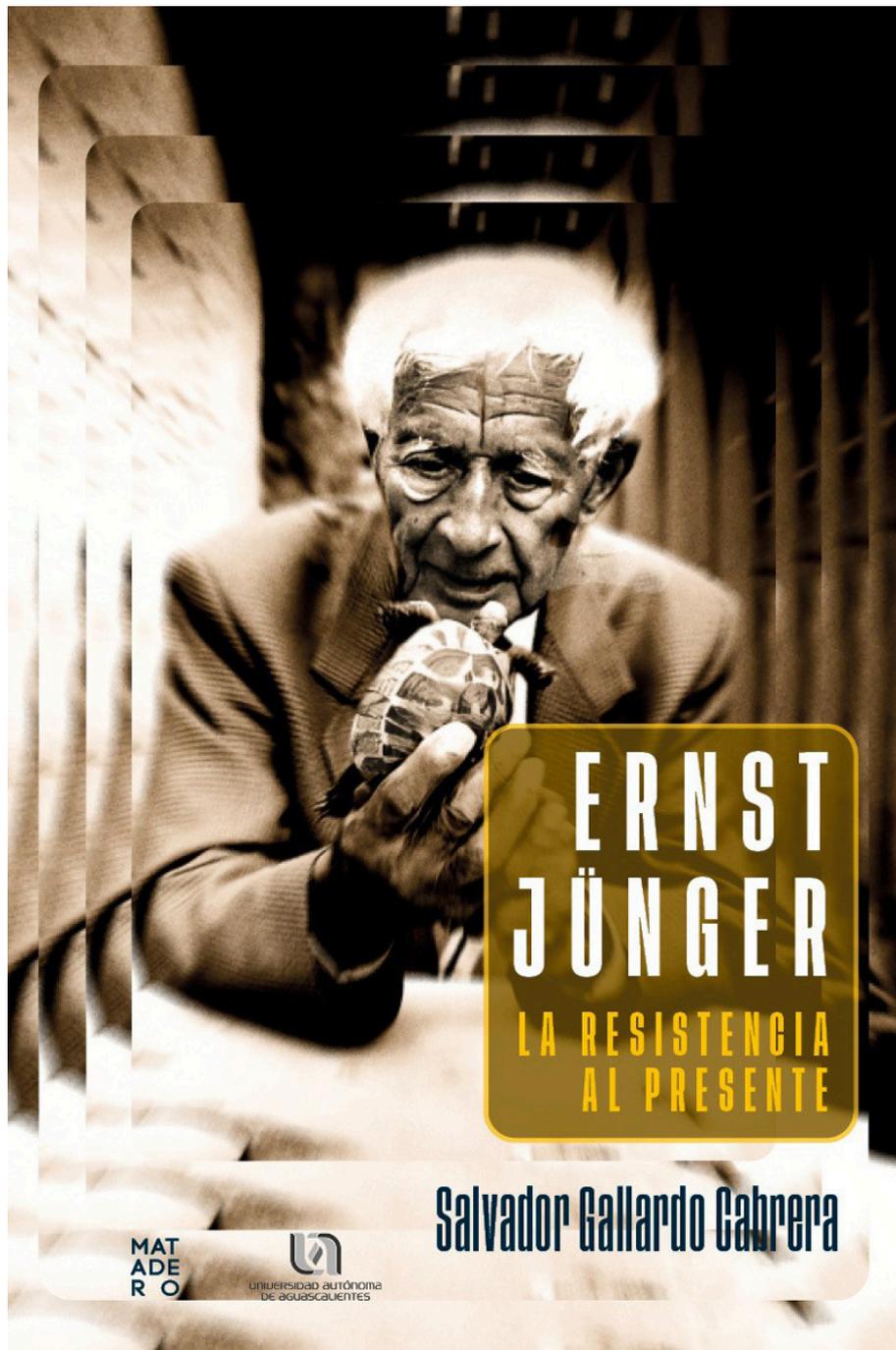


Esta obra está bajo una licencia Creative Commons
Atribución/Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual
4.0 Internacional

Abstract

In his book, *Ernst Jünger. La resistencia al presente*, Salvador Gallardo Cabrera, who is an essayist, poet and translator from Aguascalientes, México, transgresses the borders between philosophy and literature to approximate us to the writing of a paradigmatic contemporary author: the German thinker Ernst Jünger. Gallardo Cabrera opens new interpretative horizons and considers the Jünger's work as a stubborn response to the cruelties of modernity.

Keywords: Ernst Jünger, Modernity, bio-techno-instrumentalization, ambush, resistance.



Saltando, sin reparo alguno, las fronteras entre la filosofía y la literatura, el ensayista, poeta y traductor hidrocálido, así como profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Salvador Gallardo Cabrera nos aproxima en *Ernst Jünger. La resistencia al presente* a un autor paradigmático del pensamiento europeo contemporáneo. Frente a una interpretación de la obra de Jünger que coloca como eje su cercanía y posterior ruptura con el nazismo, Gallardo Cabrera abre a los lectores horizontes nuevos desde los cuales considerar la escritura del autor como una respuesta obstinada a las crueldades de la modernidad. Asomémonos, a partir de tres momentos, a dichos horizontes.

Primer momento: el viajero-entomólogo

La reflexión que Gallardo Cabrera despliega en el primer capítulo de su libro, titulado “La topografía cristalina”, gira en torno a la poética de Ernst Jünger, entendida ésta no solamente como voluntad de estilo, sino como planteamiento escritural en el cual el lenguaje, aun con todas sus limitaciones, es capaz de enlazarse con la magia, con la ciencia y con la errancia, posibilitando al autor herramientas para explorar paisajes en los cuales lo interior y lo exterior se confunden.

Jünger se nos presenta así como escritor-viajero, escritor-entomólogo, como diarista e incluso como buscador de experiencias místicas. En un recorrido inverso por el tiempo, Gallardo Cabrera nos muestra en primer término al escritor alemán en la etapa final de su vida, con noventa años recién cumplidos, trabajando sobre su colección de escarabajos. Es a partir de esta imagen que comienzan a engarzarse las distintas épocas de creación jüngeriana con las formas literarias y con las formas naturales. Llamados a acompañar a Jünger en su tarea clasificatoria, los lectores nos volvemos junto a él observadores de su colección, de manera que vamos entendiendo cómo tales formas se conectan bajo la premisa de que hay “una fuerza combinatoria común a las plantas, los animales y las cosas”.

Es por esto que Gallardo Cabrera asemeja la obra de Jünger a un “cristal con múltiples facetas” que a su vez le recuerda a la “varia invención” de Juan José Arreola, esa forma literaria en el que caben todos los géneros. Desde ahí es posible entender el afán vitalicio de Jünger por escribir un diario, modelo textual que puede ser a la vez calendario, bitácora, memoria, confesión o terapia, pero que a pesar de su fecundidad ha sido relegado al espacio de los géneros menores (suponiendo que los haya). A Jünger, que lo mismo anota cómo ordena su biblioteca, que su observación de insectos o de flores, o los hábitos de los pasajeros de un avión, el diario le permite sin embargo unir los diversos mosaicos de su escritura, los cuales finalmente constituyen ese cristal que es también el mundo.

Gallardo Cabrera localiza en este primer capítulo las vertientes, al mismo tiempo estéticas y espirituales, que emanan de las ansias del Jünger contemplador-explorador: allí donde se funden las inclinaciones esotéricas de éste, mismas que le vienen de su entusiasmo por los experimentos surrealistas y por la certeza aprendida de Rimbaud de que la poesía es la iniciación por excelencia a los misterios del mundo, se presenta una escritura que funciona a modo de “operador de superficie”, puesto que, de un modo que podría evocarnos las correspondencias baudelerianas, con ella el escritor es capaz de superar las dicotomías tan comunes en las clasificaciones taxonómicas, y hacer patente que “la profundidad y la superficie no son sino la ilusión de los pares opuestos”. Jünger también hace uso de la escritura por intensidades, cual viajero onírico a quien se le concede una visión que distingue las minucias y relieves de objetos que saltan de lo concreto a lo abstracto y de vuelta, como si de tonalidades, distancias y juegos de luces se tratara. Además practica la observación fisiognómica, por medio de la cual el escritor, semejante a un *flâneur* científico que extiende su vagabundeo más allá de la ciudad, “al recorrer las calles, al caminar por una playa o un pantano”, se acerca al acertijo visual que es el mundo. Asimismo, Jünger hace uso de la visión anticipada, a través de la cual el observador se coloca en la frontera entre presente y futuro, dando “alcance a lo que en la visión había ido por delante”, o bien el acercamiento, que implica emprender los viajes más arriesgados, los que al pretender “acercarse al otro lado”, requieren del uso de drogas. En ésta última vertiente, México encuentra un lugar privilegiado en la exploración jüngeriana, puesto que, para el autor, los vehículos de la tercera fase del acercamiento son “el peyote, los hongos, el ololiuhqui, el mezcal”, mismos que “potencian los poderes visuales con mayor fuerza y penetración”.

Para Gallardo Cabrera, todos estos desplazamientos, todas las excursiones en que los diferentes tipos de observación y los métodos de desciframiento topográfico se ponen en marcha, finalmente están dirigidas a hacer frente a la configuración del poder que Ernst Jünger vio extenderse a lo largo del siglo XX: la de un proyecto de humanización total en el que el resto de los seres, ya sean animales, vegetales o devenires cósmicos, quedan reducidos bajo el dominio de la bio-tecnoinstrumentalización. Por eso resulta tan fundamental para Jünger no abandonar la conexión entre la magia y la técnica, por eso se empeña en continuar recorriendo caminos más allá de los términos opuestos, sin pretensiones metafísicas. Por el contrario, en las analogías entre los seres y los elementos de la naturaleza, eco de la ciencia combinatoria de los sabios y místicos de la Edad Media y del Renacimiento, encuentra el autor la vía para “desgeneralizar el universo” y para devolver a cada ser su “valor irreductible”.

Segundo momento: La Edad de la Radiación

En las notas biográficas sobre Ernst Jünger, suele destacarse el hecho de que, tras haber luchado en la Primera Guerra Mundial y asumir en su juventud una postura política conservadora que conllevaba la defensa de los valores militaristas, el escritor terminó por rechazar y criticar duramente al nazismo, razón por la cual sus obras fueron más tarde prohibidas en Alemania. En “El proceso frenético”, segundo capítulo de su libro, Salvador Gallardo Cabrera va desmenuzando la teoría que Jünger construye en su obra literaria, cuyas raíces se hunden precisamente en el período de entreguerras, cuando se da la ruptura con el nacionalismo y los valores antidemocráticos.

Esta teoría versa, de acuerdo a Gallardo Cabrera, “sobre la irrupción de la técnica como armazón y envoltura planetaria”. Motivado por la lectura de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, que planteaba la invasión de la naturaleza a manos de la técnica, con fines a dominarla como había pretendido el Fausto goethiano, Jünger se lanzó, en la década de los treinta, a analizar la manera en que el progreso occidental se presenta como un proceso de escala planetaria, caracterizado por construcciones orgánicas entre las que se encuentra la “movilización total” que conduce la energía de las múltiples ramificaciones de la vida hacia “la gran corriente de la energía bélica”. En este sentido, la bomba atómica marca un punto de inflexión que llevará a Jünger a nombrar a nuestra época “la edad de la radiación”.

Gracias a la movilización es posible, en las guerras contemporáneas, aniquilar al enemigo sin verle el rostro, aun cuando este enemigo se trate, como sucede ahora mismo en la Franja de Gaza, de una niña, un niño, o incluso un recién nacido. Gallardo Cabrera apunta con agudeza las prefiguraciones que hay en la lucidez jüngeriana, pues las trincheras de inicios del siglo XX adelantan los drones de combate a los que hoy mismo se suma el horror de las bombas de fósforo blanco.

Jünger se preocupa asimismo por la biotécnica, que “no sólo instrumentaliza los cuerpos, sino que extrae la vida fuera de sí”. Gracias a ella, se producen nuevos modos de subjetivación en los cuales el individuo puede dejar de sentir dolor –la anestesia sería aquí por tanto un ejemplo paradigmático de biotécnica– pero a la vez es objetivado, ya que se convierte no más que en un cuerpo inerte que puede intervenir. La biotécnica se apoya de la estadística en el empeño de sedar a los sujetos para que no se enfrenten de manera directa con las atrocidades: de este modo, las víctimas se convierten en cifras, que tampoco tienen rostro ni historia propia.

Desde este presupuesto, la técnica pretende ser neutral, ajena a las relaciones de poder. Sin embargo, Gallardo Cabrera nos recuerda en este punto la imagen de la pirámide invertida, en la que se revierte esa pretendida neutralidad. Si desde el punto de vista de la racionalidad técnica la pirámide se apoya en un vértice y permite que sus lados, simbolización del progreso, sigan creciendo indefinidamente, en la crítica de Jünger la pirámide, apoyada en su base no hace sino reducirse.

Resulta oportuno anotar otros dos problemas contenidos en este capítulo antes de pasar al tercer momento del libro que ahora reseñamos: el problema de la conexión como obligación y el de la racionalidad parasitaria. En esta nueva era dominada por la técnica, en la cual lo viviente se organiza en torno a las conexiones con la energía eléctrica y los dispositivos, conformando un nuevo tipo de construcción orgánica, el disciplinamiento de los sujetos se oculta bajo las máscaras de la diversión. La desconexión de dicha construcción orgánica deviene entonces en espejismo, puesto que nunca se lleva a cabo; los acontecimientos, desligados del tiempo y el espacio, son repetidos *ad infinitum* y relativizados. Por otro lado, la explotación constante de los recursos naturales, que intenta presentarse como triunfo de la técnica, no puede sino considerarse, desde la perspectiva jüngeriana, como irracional. Se trata, en realidad, de un fracaso, de una racionalidad parasitaria signada por el consumo capitalista y, por lo tanto, por el extractivismo colonial.

Tercer momento: el bosque y la resistencia

En el tercer capítulo, “La espacialidad anfibia”, Gallardo Cabrera se aproxima a las obras que Ernst Jünger produce hacia la mitad del siglo XX –especialmente los ensayos *Sobre la línea* y *La emboscadura*–, donde los espacios cobran una importancia vital. Atravesados por el frenesí y la velocidad de la edad de la radiación, esos espacios dejan de circundar a los seres y los impelen a volverse anfibios para atravesarlos. El gran cuestionamiento que brota de esta nueva espacialidad es la de la posibilidad de resistir, desde esos espacios, al proceso de la técnica y a la instrumentalización. El sitio que Jünger encuentra propicio para hacer frente al nihilismo es el mismo al que han acudido otros autores: Faulkner, Malraux, Sartre, Hemingway, Saint-Exupéry, Kafka, por nombrar algunos. Todos ellos –escritores y artistas “del meridiano cero”, les llama Gallardo Cabrera– tienen en común el haber pisado una tierra salvaje, un bosque a cuyo territorio no tienen acceso las fuerzas nihilistas, pero cuyos arroyos, claros y senderos sí son transitados por el *eros* y el arte, gracias a lo cual es posible que los seres recuperen allí una libertad no mediada por la igualdad liberal que, tal como plantea Jünger en *La emboscadura*, funciona sobrepasando la fuerza propia, la especificidad humana que pretenden controlar y regular.

La posibilidad de resistir que ofrece el bosque encuentra su modo de realización en las cuatro figuras transhistóricas que Salvador Gallardo nos presenta en el último capítulo de su libro. Estas cuatro figuras, que no deben entenderse como arquetipos sino como “figuras de experiencia”, son: el soldado desconocido, el trabajador, el emboscado y el anarca”. Sobresale la figura del emboscado, es decir, aquél que precisamente se retira al bosque para, desde su singularidad, sustraerse a la biotécnica y a la estadística, o en otras palabras, a los valores del liberalismo tras los cuales se esconde la dominación imperialista. El emboscado no huye del mundo como el anacoreta ni se evade de la realidad como el romántico; por el contrario, va al bosque porque es un espacio que no se le presentará pacífico, y lo hace consciente de que su decisión muy probablemente le acarreará consecuencias fatales. No obstante, su ética, su modo de existencia no le permiten ser indiferente. En su camino de resistencia, buscará una libertad que no es abstracta sino histórica y para ello deberá poner en práctica un conjunto de ejercicios de sí que le permitan dominarse y prepararse para cualquier contingencia. Dichos ejercicios nos remiten al Jünger que viaja y que contempla, pues cubren una gama que va de la introspección a la conversación, pasando por las excursiones, las drogas, los sueños, la observación de la naturaleza, la respiración, el autodistanciamiento.

El bosque donde el emboscado realiza estos recorridos es finalmente, apunta Gallardo Cabrera, “el lugar de la palabra [...] de la ambivalencia, de la libertad indeterminada, de la vida y la muerte”. Para Jünger es el espacio “donde la esperanza conduce más lejos que el terror”. Concluimos pues este breve recorrido retomando el llamado de resistencia al presente que a través de la obra de Jünger realiza en este lúcido ensayo Salvador Gallardo Cabrera, pues como señaló el autor alemán, hay que dar la cara cuando es la vida lo que está en juego, como lo está hoy. Y si para ello es preciso emboscarnos, así lo haremos.

Bibliografía

Gallardo Cabrera, Salvador (2023). *Ernst Jünger. La resistencia al presente*. Matadero, Universidad Autónoma de Aguascalientes.